

La Doctrina Social Católica y la vida rural de hoy

Carta del Secretario de Estado de Su Santidad a la VII Semana Social Argentina celebrada en Rosario sobre el tema: "Problemas de la vida rural". (11 de marzo de 1961).

Continuando con la VII Semana Social, que próximamente tendrá lugar en Rosario, la serie de las celebradas anteriormente en esa Nación, ha querido muy oportunamente la Junta Central de la Acción Católica Argentina que el tema a ella asignado verse sobre los problemas de la vida rural en el país. Al tener noticias de esta prometedora reunión, Su Santidad, accediendo gustosamente a los filiales deseos de sus organizadores, me ha dado el encargo de hacerles llegar, junto con sus fervientes votos por el mejor éxito de la misma, una palabra de aliento, que sea al mismo tiempo expresión del particular afecto que El siente por los pobladores del campo.

La seriedad y envergadura de tales problemas en medio de la complejidad y variedad que presentan en Argentina por las características diversas que los mismos asumen en cada región, dan una especial importancia a la materia escogida, cuyos aspectos más interesantes —curso demográfico de la población campesina, su posición económica, función de la propiedad agraria, bienestar de la población rural y vida religiosa de los hombres de campo— van a ser sometidos a estudio simultaneándolos con el examen de la rea-

lidad rural según las distintas zonas sociográficas del país.

Sucede por desgracia en muchas Naciones, que grandes masas de campesinos dejan las tierras y afluyen a las ciudades, atraídos por el señuelo de un trabajo más permanente y menos fatigoso, por la aspiración a mayores y más fáciles ganancias y por el deseo de gozar las comodidades y diversiones que ofrecen los grandes aglomerados humanos.

A este doloroso y peligroso fenómeno no se podrá poner adecuado remedio, mientras sobre todo, los campesinos no adquieran conciencia de la dignidad y de la utilidad social de su misión y hasta tanto que, por otra parte, no se les garanticen convenientes y decorosas condiciones de vida. Por esto es necesario que se ponga todo el empeño en asegurar a quienes trabajan la tierra, una participación lo más amplia posible en aquellas ventajas y servicios que la organización social procura a las demás categorías de ciudadanos.

"A este propósito —decía el Santo Padre— cualquier esfuerzo realizado en favor de una mayor aplicación de la justicia y de caridad no sólo ha de ser aprobado sino también alentado y bendecido". (Disc. a los Agricultores, 18 nov. 1959).

Además, se ha de tener presente que responde a una exigencia del bien común el que los trabajadores de la tierra saquen del propio trabajo una renta que les consienta un tenor de vida proporcionado al nivel de cuantos aplican sus energías al sector industrial o al de los servicios. Esto pide el que la agricultura se modernice, y se modernice en proporción, por cuanto sea posible, el progreso que se viene actuando en los demás campos de la vida laboral.

Como es obvio, a esta meta deben tender los propietarios y cuantos en la agricultura desarrollan las propias actividades productivas. Mas a tal fin, es asimismo indispensable que los Poderes Públicos realicen una política económica apropiada en favor de la agricultura por lo que se refiere sobre todo a la imposición tributaria, a la concesión de créditos, a la aplicación de los seguros sociales, al precio de los productos agrícolas.

El estudio de la realidad concreta en Argentina, país de tanta extensión y con ambientes rurales tan variados, podrá dar la fórmula justa para determinar cuál sea en cada zona la estructura mejor y cuáles las dimensiones más convenientes para la empresa agrícola. En cualquier caso no se han de echar al olvido los siguientes criterios fundamentales: Ha de tenerse en la máxima consideración la dignidad personal de cuantos trabajan en la empresa agrícola; hágase la distribución de la renta obtenida según criterios de justicia y de equidad entre cuantos contribuyen a producirla; procúrese la conciliación de los intereses de cada una de las empresas con las exigencias del bien común y la coordinación de la agricultura con la artesanía y la industria. Tales providencias han de tener como denominador común "el asegurar doquier a los habitantes de las campiñas su propio carácter, su propia dignidad, su propio valor en la economía y en la sociedad" (Pío XII: Disc. al I Congr. Cat. Intern. de la Vida Rural; 2 julio 1951).

Un cuidado particular se ha de poner en que los trabajadores de la tierra adquieran una adecuada formación técnico-profesional y una buena educación reli-

giosa y moral. Hoy, gracias a Dios, se va cayendo en la cuenta de que, incluso en el sector económico, los problemas que tienen mayor importancia son los que se refieren al *hombre*. Es necesario el que los trabajadores sean personas instruidas en la forma y medida que actualmente exige la profesión agrícola; y que sean continuamente puestos al día en los adelantos y avances que se vayan realizando en la materia; más es sobre todo indispensable el que entre los mismos se cultive y robustezca el sentido de la solidaridad y que, cuantas veces sea necesario o conveniente, tal solidaridad se exprese en formas asociativas enderezadas a promover la modernización de la agricultura, aptas para influir positivamente sobre el mercado, para hacer sentir con eficacia la propia voz en las administraciones locales o en los organismos del Estado.

"La fidelidad a Cristo y a la Iglesia, decía Su Santidad a los agricultores de Italia, aliente vuestro seguro camino hacia un progreso siempre más en consonancia con vuestra dignidad de hombres y de trabajadores; lo preserve de los peligros del materialismo teórico y práctico; os sostenga en las tribulaciones y en las pruebas, en la esperanza paciente de tiempos mejores". (Disc. a los Cultivadores Directos de Italia, 27 de abril 1960).

"Amad la tierra —inculcaba el Santo Padre a los rurales— madre generosa y severa que encierra en su seno los tesoros de la Providencia. Amadla porque especialmente hoy, cuando se difunde una peligrosa mentalidad que pone acechanzas a los más sagrados valores del hombre, vosotros encontráis en ella el marco sereno para el desarrollo y para la salvaguardia de vuestra completa personalidad: amadla porque, en contacto con ella, y a través de vuestro noble trabajo, más fácilmente vuestra alma puede ser mejorada y elevarse hasta Dios". (Disc. a los Cultivadores Director de Italia, 22 abril 1959).

Con estos deseos Su Santidad invita a los participantes en las sesiones de estos días a poner todo su esfuerzo, su esclarecida inteligencia y su buena voluntad

en favorecer las soluciones más justas de los múltiples problemas de la agricultura argentina, aportando así una eficaz contribución a la prosperidad cristiana de

tan noble País. En prenda de las divinas luces el Augusto Pontífice de todo corazón envía a los Semanistas de Rosario, una particular Bendición Apostólica.

La Acción Católica en la hora presente

*(Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino con motivo del
30 Aniversario de la A. C. A.)*

EL trigésimo aniversario de la Acción Católica Argentina que se cumple hoy, 5 de abril de 1961, es una fausta fecha, que nos invita a recordar su nacimiento y a valorar la obra realizada en estos seis lustros.

La Acción Católica es la actividad apostólica de los fieles dotada de una forma organizativa. Hay pues en ella dos elementos: la actividad apostólica y la forma que esta actividad apostólica reviste.

Su origen en lo que respecta al primer elemento es la vida misma de la Iglesia, en cuanto realiza la actividad vital que le es propia. En efecto: la Iglesia, porque es el Cuerpo Místico de Cristo, posee la actividad solidaria de un organismo en que todos los órganos concurren a la actividad del todo, actividad perfectamente armónica dentro de la unidad funcional.

La Gracia es el principio vital que anima a todo el Cuerpo Místico, y a ella se ordenan la potestad del magisterio y la potestad de jurisdicción y de orden. Toda actividad, en este plano, parte de Cristo que es, en el Cuerpo Místico, la Cabeza invisible, y del Papa que es su cabeza visible. De éste deriva a los Obispos unidos al Papa, que son sus órganos y a los fieles que integran el Cuerpo Místico, como las células en el organismo vivo.

No es lícito pensar que en la Iglesia la Jerarquía y los fieles sean dos elementos separados, de tal modo que la Jerarquía sea el elemento activo, y los fieles el elemento pasivo. Ello equivaldría a desarticular el Cuerpo Místico de Cristo. Dice Pío XII: "Sería desconocer

la verdadera naturaleza de la Iglesia y su carácter social el distinguir en ella un elemento activo, las autoridades eclesásticas, y por otra parte un elemento puramente pasivo, los laicos. Todos los miembros de la Iglesia, como Nos lo hemos dicho en la Encíclica "Mystici Corporis Christi", están llamados a colaborar en la edificación y perfeccionamiento del Cuerpo Místico de Jesucristo". (Discurso al II Cong. Mundial del Ap. de los Laicos, 5 de octubre de 1957).

Debe destacarse desde el primer momento la primera consecuencia de estos principios, a saber: Si el apostolado es la actividad de la Gracia obrando en nosotros, como un desbordamiento, diríamos, de la vida interior, se sigue que quienes realizan el apostolado deben vivir una intensa vida sobrenatural, sin la cual el apostolado estaría vacío de la vida divina que parte de Cristo.

● LA ACCION CATOLICA

La actividad apostólica en el sentido explicado ha existido siempre en la Iglesia. Pero si tomamos en cuenta la forma que esta actividad reviste, ella ha variado en las diversas contingencias en que ha vivido la Iglesia a través de la historia. La diversidad de los tiempos ha requerido que la Iglesia adoptara formas distintas de actividad para realizar su presencia en la sociedad humana.

En esta edad nuestra se destaca el fenómeno asociacionista. En todos los órdenes la asociación se ha hecho necesaria; y de la asociación han echado mano aquellos que nos combaten. "Los adver-

sarios de la Iglesia —dice Pío XII— se lanzaron a fondo contra ésta con la masa compacta de sus organizaciones". (Disc. al I Cong. Mundial para el Apost. de los Laicos, 14 de octubre de 1951). Este fenómeno ha hecho necesaria la forma organizada del apostolado.

Entre las diversas formas organizativas que el celo por la gloria de Dios sugirió a los Pastores de la Iglesia, los obispos argentinos adoptaron la forma sugerida por el Papa Pío XI a la Acción Católica Italiana, adaptándola a las modalidades que nos son propias.

Cuidadosamente estudiada y exitosamente experimentada, la estructura de la Acción Católica que se adoptó en nuestro país tiene la característica de conformarse a la estructura que es propia de la Iglesia. Su configuración a base nacional, diocesana y parroquial le da la prestancia de lo durable, aunque haya de conformarse a lo que sugiere el momento en sus formas accidentales.

No sería pues justo considerar esta estructura como una forma deleznable, que pueda fácilmente ser superada.

Con estas características fue presentada al Santo Padre Pío XI la Acción Católica Argentina, apenas nacida, el cual manifestó su augusta complacencia en un importante documento, que jamás deberíamos olvidar. "*Abrigamos la esperanza cierta, dice allí, de que por medio de una decidida Acción Católica habrán de recogerse en esa grande y floreciente República frutos óptimos de bienestar, tanto más cuanto que os habéis propuesto seguir las normas que en más de una ocasión hemos prescrito en este particular*". (Carta al Episcopado Argentino, 4 de febrero de 1931). Y luego: "*De grado, pues, aprobamos la Acción Católica en la forma como la habéis iniciado*". (Ibid.).

Bendecida por el Papa y dispuesta por los obispos, vino a ser desde ese momento un elemento necesario del ministerio pastoral, siendo para nosotros la forma actual y práctica del apostolado eterno que es esencial a la Iglesia.

Por eso entre todas las formas organizadas de Acción Católica "*pleno iure*", ésta es la forma Oficial de la Acción

Católica cuya responsabilidad asume íntegramente, en último término, la Jerarquía de la cual depende.

● LA OBRA REALIZADA

La previsión del Papa tuvo cumplida realización. Dios suscitó celosos sacerdotes, que penetrados de un desbordante espíritu apostólico, se derramaron por toda la Patria, despertando a los dormidos y encendiendo un generoso ardor de apostolado en las almas de los fieles.

Surgieron dirigentes laicos, dispuestos a la lucha por el sublime ideal: varones que llevaron la luz a muchas almas; mujeres que esparcieron la semilla de la caridad de Cristo en muchos corazones; y bríos de juventud dando sentido y orientación a los que andaban en busca de un amor y de un ideal capaces de satisfacer sus anhelos inmortales. Hubo un renacer de auténtica piedad: y en los templos recobraron sentido los ritos cristianos y vida las oraciones litúrgicas.

Es justo que recordemos con admiración y cariño a los celosos trabajadores de la primera hora y les tributemos nuestro aplauso. Y no olvidamos ni hemos de olvidar, por cierto, a los que ya han recibido el premio por sus trabajos en favor de la Iglesia, haciendo llegar hasta el trono de Dios el tributo de nuestro sufragio y de nuestra plegaria reconocida.

Sin la resonancia exterior de las obras mundanas, hubo un evidente despertar cristiano en nuestro pueblo. Las campañas emprendidas en favor de la asistencia a la misa dominical; del cumplimiento del precepto pascual; por la celebración digna de la Navidad; por la elevación de los actos de sufragio en el día de los fieles difuntos; por la libertad de enseñanza; y tantas otras, no cayeron en el vacío y produjeron frutos consoladores.

Un hecho que constituye un elocuente testimonio de la elevación en el nivel de la piedad y del sentir cristiano es la multiplicación de los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa, que fue dado observar en aquel momento. El Papa, con aguda penetración, lo había previs-

to: "No pocos jóvenes pertenecientes a los cuadros de la Acción Católica se sentirán llamados a la heredad del Señor, como se ha experimentado ya en otras partes", decía en la citada carta a los obispos argentinos. Y notamos (sin afirmar que haya razón de causalidad o de simple concomitancia) que con el progreso de la Acción Católica ha coincidido un aumento consolador de vocaciones; y con el declinar de la Acción Católica ha coincidido una notable disminución de las mismas.

También la intrepidez de la fe tuvo su demostración en la virilidad con que los miembros de Acción Católica afrontaron la persecución pasada, sin ninguna defección, encontrándose no pocos que experimentaron la alegría sobrenatural de sentirse perseguidos y de padecer por Cristo: aquella misma alegría que abrigaron los Apóstoles azotados por orden de la Sinagoga, en los comienzos de su predicación. *Ibant gaudentes a conspectu concilii quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* "Se apartaron gozosos de la presencia del consejo, porque habían sido hallados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús". (Hechos, V, 41).

Enumeramos estos hechos para que se vea que el movimiento de Acción Católica ha procurado una saludable reacción en nuestro medio, respondiendo a las esperanzas que en ella cifraron los obispos juntamente con el Supremo Pastor. El movimiento calificado de providencial en otras partes, lo ha sido también aquí.

Debemos dolernos pues de que haya ocurrido en la Acción Católica un decrecimiento en cuanto al número de afiliados; y en nuestro medio un aflojamiento de la línea tensa del fervor apostólico.

● POSIBLES CAUSAS

De este fenómeno diremos también algunas palabras. Lo primero que debe recordarse es que, posteriormente al establecimiento de la Acción Católica, han tenido nacimiento no pocas obras de apostolado externo, las cuales han contado entre sus elementos más eficaces con socios de Acción Católica, quienes

han comunicado su celo y espíritu de piedad y disciplina a las nacientes instituciones.

Y no es de lamentar, por cierto, que el bien se haya difundido de este modo. Pero socios, asesores y pastores habrán de convenir en que ocurre, como primordial medida de prudencia, no cegar la fuente de donde han dimanado todos estos bienes. Antes al contrario: sería preciso enriquecerla y acrecentarla, en procura de frutos aún más abundantes.

Pero además de esto, bien puede haber ocurrido que el perseverante trabajo, a lo largo de 30 años, haya traído una disminución en el esfuerzo y en el fervor de la primera hora, como consecuencia de toda labor continuada. Pío XI, en la carta muchas veces citada, ponía en guardia al clero contra este peligro. "Bien conocemos, decía, cuán grande debe ser la labor del clero para no decaer en la empresa y llevarla adelante. Pero, ¿no exige de sí el ministerio sacerdotal que el apóstol se resigne a sufrir pacientemente los trabajos y penalidades de la vida? Tanto más cuanto que estos sufrimientos y penalidades suelen conseguir no pocos beneficios". (Carta al Episcopado Argentino).

● COMO SUPERAR LA CRISIS

Las providencias inmediatas que deberán tomarse para superar esta crisis, sin duda transitoria, vienen sugeridas por la experiencia de estos 30 años.

Pidamos a Dios fervorosamente que suscite los celosos apóstoles de la primera hora, para que enciendan el ideal del amor de Cristo y del esplendor de la Iglesia, hasta el sacrificio y hasta el martirio, si Dios quisiera darnos esta gloria. Para que hagan revivir el sentido de la realeza de Cristo en las almas de los fieles, de tal modo que se constituyan en vasallos y soldados, puestos al servicio de su Rey, apasionadamente, dispuestos a superar todos los obstáculos que oponga el mundo y ponga en pie Satanás. Para que tenga eficacia su palabra en procurar la compacta disciplina, que nos hará invencibles. Para que aprendan la lección de que la contradicción y el do-

lor y la incompreensión de los demás se transforman en medios para el triunfo, una vez que ponemos nuestro corazón sincronizado en su latir con el Corazón de Jesucristo. Para que dentro del Cuerpo Místico de Cristo, y en primer lugar entre los socios de Acción Católica, tenga perfecta realización la unidad que nos dio Jesucristo como distintivo de sus verdaderos discípulos.

De nuestra parte procuraremos intensificar el conocimiento de la Acción Católica por medio de Semanas de instrucción, como en un tiempo se hizo. A los Rectores de nuestros Seminarios les recordamos que deben incluir entre las materias de estudio un curso de Acción Católica, en donde no exista. Y para que haya la instrucción necesaria y el sentido apostólico desde los primeros años de vida, rogamos encarecidamente a los Superiores y Superiores de nuestros Colegios Católicos la fundación de Círculos y Centros internos y la restauración en donde hayan existido, después de una consciente, sincera y entusiasta preparación, como lo ha pedido repetidas veces la Santa Sede. Prendida la semilla y arraigada en el corazón de niños y jóvenes, hará de ellos los imprescindibles dirigentes del mañana.

¡El Espíritu Santo depare un florecimiento de Acción Católica y de vida apostólica dentro de nuestros Colegios!

● EXHORTACION FINAL

Amados hijos nuestros: Bien sabéis cuán grave es para la humanidad y el mundo el momento que estamos viviendo. La negación pertinaz de Dios y de su Iglesia ha desencadenado una tempestad de odios y de sangre; que ha cubierto de oscuridad todos los horizontes. A su empuje todas las instituciones crujen y se desmoronan. Ante ella todas las fuerzas han resultado impotentes. Sólo la falange de los que han empuñado el lábaro de la cruz y cuentan con el auxilio del Rey omnipotente podrán enfrentar victoriosamente al enemigo. El apostolado ha sido siempre un deber en la Iglesia. Pero este deber es hoy más urgente que nunca.

A los miembros de la Acción Católica que han permanecido firmes en su puesto de lucha, fieles al llamado de Dios, sin desmayar en la ardua tarea, hacemos llegar nuestras congratulaciones y nuestra palabra de aliento.

Y a cuantos sentís el celo por la gloria de Dios, sin pertenecer todavía a ninguna asociación de apostolado externo, os recordamos que vuestros obispos, unidos al Supremo Pastor, os invitan a formar en la Acción Católica, que ellos han fundado y que el Papa ha bendecido.

No pongáis en duda que esta forma de apostolado sigue siendo eficaz, como el primer día, para restaurar la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

El Señor derrame con profusión sus gracias sobre todas las almas que se esfuercen por extender el Reino de Dios en este mundo, y sobre todos nuestros hijos.

Os repetimos hoy 5 de abril las mismas palabras con que los Obispos Argentinos hace 30 años exhortaban a su pueblo a iniciar los trabajos de la fundación de la Acción Católica Argentina: "Una vez más os pedimos, amados hijos, por el infinito amor de Jesucristo Nuestro Señor, que unáis vuestras fuerzas y vuestras voluntades para la obra magna de la Acción Católica, tan necesaria en nuestros tiempos, mientras vuestros Prelados repetimos la tiernísima plegaria que el Redentor Divino dirigía a su Eterno Padre en su última Cena: "Ruego que todos sean una misma cosa y que como Tú, ¡oh Padre!, estás en Mí y yo en Ti por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por unión de amor, para que crea el mundo que me has enviado". (Juan, XVII, 21).

Os pedimos, en fin, vuestro apoyo decidido, con las palabras que dirigió Moisés a la parte sana de su pueblo, exclamando en la puerta del campamento: "*Si quis est Domini, jungatur mihi*". (Exodo, XXXII, 26). "Si alguien es del Señor, júntese a mí".

Que la bendición de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre. Amén".